



Capítulo 1

MARGARITA GUERRA MARTINIÈRE / RAFAEL SÁNCHEZ-CONCHA BARRIOS
Editores

HOMENAJE A JOSÉ ANTONIO DEL BUSTO DUTHURBURU

TOMO I



**FONDO
EDITORIAL**

PONTIFICIA **UNIVERSIDAD CATÓLICA** DEL PERÚ

Homenaje a José Antonio del Busto Duthurburu

Margarita Guerra Martinière, Rafael Sánchez-Concha Barrios, editores

© Margarita Guerra Martinière, Rafael Sánchez-Concha Barrios, editores

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2012

Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:

Fondo Editorial PUCP

Primera edición, abril de 2012

Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-9972-42-991-0

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2012-03236

Registro de Proyecto Editorial: 31501361101865

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

PEQUEÑA SEMBLANZA DE UN GRANDE

Joseph Dager Alva

En 1932 existía un Barranco que yo no he conocido, aún algo lejano del centro de la ciudad, al que se llegaba por tranvía. Aquel antiguo balneario se iba convirtiendo en un barrio residencial, dando una muestra más del crecimiento que por esas épocas experimentaba nuestra capital. El 21 de agosto de aquel año, el matrimonio compuesto por don José Antonio del Busto Risco y doña María Angélica Duthurburu Villalta recibía en su seno a su primogénito, a quien nombraron José Antonio como el padre, quien a su vez llevaba el nombre de su padre, don José Antonio del Busto Berninzon. José Antonio del Busto Duthurburu nació, pues, y creció con la tradición.

El niño José Antonio pasó una infancia feliz, lo atestiguan los recuerdos que le brotan en la conversación cotidiana. A confesión de parte, puedo afirmar que fue un «palomilla» del barrio de la Ermita. Jugó, corrió e hizo travesuras que el Puente de los Suspiros y la Bajada de los Baños recuerdan bien, pero que callaron, para que su imagen de estricto profesor e implacable asesor se mantenga incólume, imagen que todos conocimos, disfrutamos y —por qué no decirlo— también temimos.

Sus estudios escolares los realizó en el colegio marista San Luis de Barranco. Destacó como pocos en los cursos de preparación militar. Fue el brigadier de su sección durante varios años, amén de brigadier general del plantel. Recibió la condecoración de *El Sol Radiante* y llegó a ser sargento segundo de reserva. Su abuelo materno, don Enrique Duthurburu, había sido coronel y todo hacía pensar a la familia que José Antonio lo seguiría en la carrera de las armas, donde, como es fácil intuir, hubiese tenido un brillante futuro. La idea le atrajo, pero terminado el colegio estuvo más inclinado a la tauromaquia. Los que le vieron afirmaron que el muchacho era buen banderillero, integraba una cuadrilla juvenil y participaba en las ferias de Surco, Pachacámac, Lurín y Mala. La afición caló dentro y, años después, viviendo en España, resultó ganador en la feria del pueblo de Zalamea.

De manera que el niño travieso tornó en el joven con energía desbordante, valiente y con ansias de aventura. Navegar lo entusiasmaba particularmente. Sin temor a exagerar puedo decir que navegó más que muchos de nuestros marinos. Para muestra, tres botones: En 1967 viajó en el Crucero de Verano a la Polinesia, Melanesia y Australia; en 1977, como integrante de la Expedición Francisco de Orellana, navegó —al remo y a la deriva— los ríos Napo y Amazonas, estudiando el itinerario del viaje Descubridor; y en 1988, en calidad de cronista, participó en la primera expedición científica peruana a la Antártida. Por cierto, esas expediciones, según declaró en una entrevista periodística, han constituido las únicas ocasiones en las que él mismo puso en práctica el arte culinario.

Regresemos al niño, puesto que José Antonio tenía otra afición que le exigía más bien calma y tranquilidad. Me refiero al interés histórico. Son pocos los niños que disfrutaban como él lo hacía visitando museos y leyendo sobre historia; al infante lo apasionaba todo lo referido a la conquista del Imperio de los Incas. Ya desde esa época ha debido de interesarle averiguar más sobre el tal Pizarro y también sobre Atahualpa. Ha debido narrarle a sus padres y familiares, demostrando su fértil memoria, los diversos hechos de la gesta. Vale la pena aquí soltar una confidencia, anécdota que he hecho pública en otras ocasiones, pero insisto en ella pues me sigue pareciendo expresiva y sintomática. Resulta que el niño era descomido, situación que ha debido de provocar más de una preocupada conversación entre sus padres, don José Antonio y doña María Angélica. No había cosa que le gustara menos que los frijoles. La madre entonces ideó una forma de hacerle comer. Convirtió el plato en la plaza de Cajamarca, donde los arroces blancos representaban a los españoles y los frijoles a los indígenas. Qué duda cabe que ante tal metáfora el niño comía con gustoso placer. Doña Angélica, pues, entendía al hijo y de esa forma —tal vez sin pensarlo— contribuyó a que nuestra historiografía se nutriera en el conocimiento de aquel periodo.

A los 18 años, en 1951, José Antonio del Busto Duthurburu inició su carrera universitaria. El interés histórico triunfó y aunque siguió también la carrera de Derecho y la de Educación, pronto comprendió que la Historia era su destino. En 1953 se graduó de bachiller en Humanidades con una tesis sobre la Casa de Peralta en el Perú. Al año siguiente viajó becado a Sevilla, y recopiló gran cantidad de material en el Archivo General de Indias. En 1957 obtuvo el doctorado en Historia y Geografía con un monumental trabajo sobre el virrey Conde de Nieva. Tenía 25 años y ya era doctor. Al año siguiente, en 1958, regresó becado a España, donde investigó en el mismo archivo su *Diccionario histórico biográfico de los conquistadores del Perú*.

Una vez doctor, José Antonio del Busto decidió abandonar la soltería y el 4 de marzo de 1963 en la Iglesia San Felipe de Orrantía casó con Teresa Güerin, su fiel compañera de toda una vida, la que supo admirar, comprender y alentar su vocación

intelectual. De este feliz matrimonio nacieron cuatro hijas: Rosa María, Luisa Teresa, Ana Gabriela y Laura Sofía. Tal vez convenga seguir con las confidencias. Hace muchos años, asistí invitado por una amiga a la fiesta de cumpleaños de una de ellas. Yo me preparaba para ingresar a la universidad, por lo que leía un *Compendio de Historia del Perú* de un tal doctor del Busto, que había sido profesor de mi madre y de varios tíos, quienes al recordar los años de formación siempre referían anécdotas del catedrático. Por ello su figura y algo de su personalidad me eran ya familiares, pese a lo cual me sorprendió ver al sujeto cuya foto estaba en la contra carátula del libro, en la puerta y dentro del local con esa mirada y actitud siempre vigilantes. Ahí lo conocí por vez primera. Gracias a Dios que mi timidez me impidió acercármele en ese momento, pues tenía innumerables preguntas que hacerle, y ciertamente no era esa la ocasión más propicia.

José Antonio del Busto fue ante todo, qué duda cabe, un profesor universitario. Catedrático con más de cincuenta años de enseñanza en la Pontificia Universidad Católica del Perú, tuvo una carrera académica en ella en verdad fructífera. No había cumplido los cuarenta años cuando en 1971 fue decano de la Facultad de Estudios Generales Letras. Luego, entre 1976 y 1978 fue elegido decano de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas, y reelegido para el siguiente periodo. En un justo reconocimiento, nuestra casa de estudios lo investió como Profesor Emérito del Departamento de Humanidades, el 10 de noviembre de 1995. Además, en el periodo 1998-2004 se desempeñó como director del Instituto Riva-Agüero, escuela de altos estudios que en señal de gratitud a su labor le confirió la distinción de Miembro Emérito el 10 de diciembre del año 2004. Asimismo, ejerció la docencia en la Universidad de Lima, en la Universidad Femenina del Sagrado Corazón, en la cual fue decano de la Facultad de Educación; en la Universidad de Piura, en la Escuela Militar de Chorrillos, en la Escuela Naval de la Punta y en otras importantes instituciones educativas.

Fue reconocido en casi innumerables ocasiones. En 1968, cuando en nuestro país aún existía un Estado que fomentaba el interés humanístico, obtuvo el Premio Nacional de Fomento a la Cultura «Inca Garcilaso», otorgado por el Ministerio de Educación al mejor trabajo de investigación histórica. En 1974, en atención a sus estudios sobre la conquista del Perú, España lo investió Comendador de la orden Alfonso X, el Sabio, y en el 2002 le otorgó la orden Isabel La Católica. En 1979, la armada de nuestro país lo condecoró con la Cruz al Mérito Naval. En 2006, en una muy cálida ceremonia, el Estado peruano le otorgó su mayor distinción: la Orden El Sol del Perú. Además, a sus 35 años fue nombrado Miembro de Número de la Academia Nacional de la Historia. Es integrante también de destacados gremios académicos: Sociedad Peruana de la Historia, Instituto Peruano de Investigaciones Genealógicas, Instituto de Estudios Históricos Marítimos del Perú, Centro de Estudios Históricos-Militares del Perú, Sociedad Geográfica de Lima,

Sociedad de Fundadores de la Independencia, Vencedores del 2 de Mayo y Defensores Calificados de la Patria. El reconocimiento académico ha traspasado nuestras fronteras. Por ejemplo, se lo ha designado Miembro Correspondiente de la Real Academia Española de la Historia, de la Academia Nacional de la Historia de la República Argentina, del Centro Nacional de Investigaciones Genealógicas y Antropológicas de Quito y de la Academia Nacional de la Historia del Ecuador.

Sirvió a nuestro país desde diversos cargos públicos, con lo cual cumplió lo que nuestro querido y recordado Franklin Pease llamaba «servicio estatal obligatorio». Fue director general del Instituto Nacional de Cultura, ejerciendo dicho cargo fue nombrado miembro honorario de la Academia Peruana de la Lengua Quechua y miembro fundador de la Academia Peruana de la Lengua Aymara. Además, fue miembro del Consejo Nacional de Cultura y asesor de asuntos culturales del despacho ministerial de Educación.

En su producción histórica, sin lugar a dudas, sus trabajos sobre el Descubrimiento, la Conquista y los primeros años del asentamiento colonial ocupan un sitio de honor. Ha publicado *Historia de los descubrimientos geográficos*, libro que explica cada uno de los ciclos descubridores, desde el siglo V al XV, preparando y contextualizando de ese modo, los posteriores viajes de Cristóbal Colón. Es verdaderamente impresionante la cantidad de información presentada, así como la consulta de diarios de viajes que le sirvieron de base documental. *La Conquista del Perú* es otra de sus importantes investigaciones, que abarcó desde las primeras noticias sobre el Tahuantinsuyo hasta el descubrimiento del río Amazonas, demostrando cómo esta expedición partió del Perú. En *La hueste perulera* analizó cómo estuvo compuesta la tropa de Pizarro: están descritos los personajes, sus antecedentes, sus profesiones, los hechos de conquista de los que fueron partícipes. En esta investigación queda claro que aquella hueste, si bien estaba integrada por hombres de armas, no formó un ejército profesional, no al menos como entendemos hoy esa denominación. Un hito en su producción histórica lo representa su *Diccionario histórico biográfico de los conquistadores del Perú*, en dos tomos, que no necesita mayor presentación y en el cual hace gala de su erudición. Fue, además, un especialista en las Guerras Civiles entre los conquistadores y en las que enfrentaron a encomenderos contra la corona, lo que quedó plasmado en su conocido libro *La pacificación del Perú*. Dentro de este periodo histórico se ocupó también de Diego de Almagro, de Francisco de Orellana, de Lope de Aguirre, de los fundadores de ciudades, del virrey Toledo, de José Gabriel Túpac Amaru, de San Martín de Porras, y de Santa Rosa de Lima, biografía que dio a conocer en agosto del 2006, es decir, produjo hasta el final.

La figura de Francisco Pizarro fue la que más llamó su atención. En 1964 publicó una pequeña biografía sobre el conquistador extremeño, adelanto de la que saldría a la luz, en Madrid, en 1966. Me refiero a la que todos conocemos

y que hemos leído con pasión: *Francisco Pizarro: el Marqués gobernador*, libro con varias ediciones. A aquel trabajo se suma su *Pizarro*, en dos tomos editados por Petroperú, en los años 2000 y 2001, que es la biografía más completa hasta hoy. Del Busto conoció íntimamente al personaje. Estudió la tierra que lo vio nacer, confeccionó un documentado árbol genealógico, precisó año tras año la vida del conquistador. Es, internacionalmente, la primera autoridad en el tema. Del Busto se perfeccionó como biógrafo estudiando a Pizarro. Haciendo gala de su oficio quiso que asumiésemos a Pizarro como el ser humano que fue, con virtudes y también defectos. Del Busto se empeñó en combatir duramente esa visión histórica que repudiaba sin más al extremeño. Logró hacernos entender que Pizarro fue un conquistador como lo fue Julio César para la Galia o Guillermo en Inglaterra, u Omar en Egipto. Pretendió que lo reconozcamos como un personaje en nuestra historia, como el símbolo de la tradición occidental a la que también pertenecemos. Del Busto nos enseñó que descendemos de ambas tradiciones, la andina y la occidental, porque el Perú es un país mestizo, racial y culturalmente. Del Busto no justificó a Pizarro, buscó explicarlo.

La amplia producción histórica de del Busto no se limitó a estudiar el periodo virreinal. Por el contrario, entre compendios escolares, manuales y remembranzas, completó todos los periodos de nuestra historia. Además, estudió su tierra natal, Barranco, que siempre estuvo en su corazón y en su razón. Le dedicó al menos dos libros, donde el oficio del historiador se enriquece con la leyenda, donde el documento escrito se complementa con la historia oral. Asimismo, se ocupó también en repetidas oportunidades del pasado prehispánico. *Perú Preincaico* y *Perú Incaico* fueron libros constantemente editados. Esos verdaderos manuales, fueron concebidos para los profesores y los alumnos escolares, pero sirven también al alumno universitario. La información se ofrece digerida, con un estilo ameno y con una serie de ayudas pedagógicas que facilitan la comprensión.

Del Busto siempre creyó que era posible confeccionar una razonable biografía de los llamados Incas históricos. Fue este, tal vez, su más pertinaz convencimiento en materia de investigación académica. Lo mantuvo hasta el final, pese a que la importante corriente etnohistórica, durante las décadas del setenta, ochenta y noventa dio importantes alcances sobre lo problemático que resultaba utilizar a las crónicas como fuente para establecer datos concretos o fechas precisas, pues, en especial, los cronistas ofrecen sus puntos de vista u opiniones más que datos ciertos. Del Busto no desconocía aquellos importantes y renovadores trabajos. Soy testigo de que los leía, más de una vez los comentamos, los discutimos, pero, dicha sea la verdad, nunca terminaron de convencerlo. Sabía perfectamente, sin embargo, que el paradigma académico en estos temas estaba más interesado en cuestionar, en hacerse preguntas, antes que en ofrecer respuestas con certeza cronológica, en «deconstruir», antes que en armar biografías de los creadores

del Tahuantinsuyo. No creo que sea casual que durante años haya dejado de publicar sobre los incas, pese a que ese tiempo histórico le produjo una fascinación tan grande como aquella que le inspiró Pizarro. Entonces, cuando del Busto empezó a sentir cercana la muerte, decidió saldar lo que estimo entendió como una deuda personal, y se dedicó a ordenar una vastísima información, recogida silientemente durante décadas. Produjo, así, la que creo es su mejor obra sobre aquellos años: la biografía de Túpac Yupanqui, sin duda su personaje predilecto en este periodo. Del Busto sabía que su postura no estaba de moda, que estaba a contracorriente, pero sabía, por otro lado, que pocos conocían las crónicas como él, e intentó probar, no con palabras, sino con dos monumentales tomos, que era posible presentar una historia de vida de Túpac Yupanqui, la cual Petroperú editará próximamente¹. Ciertamente es que esta biografía contiene, como toda obra histórica, algunos puntos difíciles de suscribir como la supuesta expedición marítima del Inca, pero son sugerentes las hipótesis que pretenden demostrar la llegada del Inca a Oceanía. Sin embargo, lo realmente importante de este trabajo y de su *Los hijos del Sol* (publicado el año 2005 por el Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú), es que representan una muestra más de su honestidad intelectual: del Busto siempre dijo aquello que pensó e hizo aquello que dijo.

A estas alturas, tal vez convenga una reflexión acerca de la importancia que tuvo en la obra de del Busto la cronología, que tal vez englobe el sentido de su producción. Él fue, en reiteradas ocasiones, meridianamente claro al sostener que la cronología nos ofrece el qué, los hechos, sin los cuales no sería posible el trabajo del historiador: sin cronología, no hay historia. Ahí están *Una cronología aproximada del Tahuantinsuyo; Incas y aztecas: cronologías aproximadas; Los trabajos y los días del Marqués Gobernador*, su ya mencionado *Diccionario histórico biográfico de los conquistadores del Perú* y sus diversas biografías. Pero del Busto, aunque fue un minucioso erudito, no se conformó con establecer el dato. Él lo hubiera podido decir así: «sin dato cierto no hay historia, pero la historia no es solo dato». Sus aproximaciones a las personalidades de Túpac Yupanqui, Pizarro, san Martín, santa Rosa, Túpac Amaru II; su clásica y consagrada teoría del Perú como país mestizo, muestran sólidamente que solo las fechas o datos, no le hubieran permitido confeccionar esas interesantes elaboraciones. Del Busto también interpretaba, e incluso hacía uso de lo que él llamaba la «intuición histórica»².

¹ Desde años antes, del Busto había publicado avances de esta biografía. El año 2000, a través de la Editorial Brasa; y el año 2006, por el Fondo Editorial del Congreso del Perú.

² Recuerdo que alguna vez lo busqué pues yo estaba preocupado —mejor decir angustiado— ya que no encontraba mayores datos sobre la temprana infancia de un personaje que intentaba biografar. Para demostrarle mis dudas, le dije: «Doctor, por ejemplo, no sé si de niño jugó o...». Me cortó en seco, y me dijo: «Oye, ese hombre de que jugó, jugó, incluso con juegos que ya vislumbrarían su posterior inclinación por la carrera de las armas. Mira, todo niño normal juega, y, de lo que se ve, este sujeto fue normal, así que sí, sí jugó. El historiador también tiene que usar la intuición histórica».

Un breve repaso de sus obras demostrará que su producción estuvo muy lejana de ser un conjunto inanimado de datos ciertos y fechas indubitables. Sin duda, él también se elevó de la fecha a la comprensión del élan vital de un individuo, del dato a la comprensión de la personalidad del país. Pero, y aquí está lo fundamental para entender su visión historiográfica, esa interpretación debía hacerse luego de establecer un corpus de datos fehacientes, resultado de un trabajo paciente y, muchas veces, solitario. Él vio esta labor como fundamental. Tal vez la asoció al cuidado con el que cincela sus obras un experimentado y tradicional artesano; antes que al impaciente entusiasmo del joven frente al moderno molde industrial. Una vez establecidos los datos y las fechas, y en base a ellos, se podría ejercer, no solo la interpretación, sino hasta lo que llamó intuición. Ciertamente es que, desde un punto de vista gnoseológico, bien podríamos discutir si esas dos operaciones mentales a las que se refería del Busto (establecer el qué y luego el por qué), son independientes o se dan al unísono, pero, en todo caso, en su noción de la disciplina histórica, él creía con firmeza que la combinación de ambas, era lo que permitiría: «Reconstruir el pasado tal como fue, no como yo creo que fue; tal como sucedió, no como yo quisiera que hubiese sucedido».

El propósito mayor en esa reconstrucción, creo, fue que la historia no se circunscribiese a una reducida comunidad académica, sino que llegase a estudiantes de diferentes niveles y al público en general. Por eso, en la obra de José Antonio del Busto junto con el rigor erudito irrumpe una redacción vívida que nos hace sentir muy de cerca los acontecimientos históricos. Ambas se presentan en una provechosa unidad intelectual. Lo certero del dato no enfría la comunicación y lo ameno del discurso no conduce a vacuas especulaciones. Además, sabía bien que la comprensión del pasado adquiere su real sentido al permitirnos comprender mejor la realidad en la que existimos. Ese fue su objetivo al difundir ampliamente su tesis del mestizaje cultural. Predicó con acierto un Perú integral, al que, con su distintivo espíritu de síntesis, definió como: «un país independiente, uninacional, pluricultural, multilingüe y, por añadidura, mestizo». Lo concebía como «una realidad histórica que presenta tres dimensiones distintas; el Perú como patria, el Perú como nación y el Perú como estado». Al referirse al Perú como patria, me parece estar escuchándolo, en una de sus tantas inolvidables clases, en las que solía inculcar: «De la palabra patria se desprenden otras tres: patricio, patriota y patriotero. Patricio es el que hace algo verdaderamente positivo y grande por su patria; patriota el que la ama con autenticidad; patriotero el que dice amarla más de lo que en realidad la ama. Ser patricio es admirable, patriota lo esperable, patriotero, despreciable».

En esta semblanza sobre su vida y obra, no puedo omitir referirme a su enorme papel como Maestro, desde una perspectiva de los recuerdos más personales sobre sus enseñanzas. Fui alumno del doctor del Busto en los Estudios Generales Letras

en el inolvidable curso Historia del Perú I, curso que —por esos azares del destino— me encontré dictando yo mismo años después, primero reemplazándolo y luego como profesor a cargo de un par de secciones. Puedo decir, en nombre de los que hemos sido sus alumnos, que sus virtudes para la cátedra son un ejemplo por seguir. Sus clases revelaban una larga planificación, una constante elaboración y reelaboración. Del Busto les dio forma, las moldeó y perfeccionó, tal vez en sus inicios hasta las ensayó. Todo este trabajo era previo a la exposición, que resultaba magistral. El riguroso profesor ingresaba al salón con puntualidad delbustiana y, después de él, nadie más. El aula entonces se llenaba de una potente y cautivante voz, junto a la cual, un muy bien estudiado desplazamiento y un envidiable dominio del tema lograban hipnotizar al auditorio. Recuerdo que cuando llevé el curso, éramos varios los que, luego de terminada la clase, reincidíamos en otro de sus horarios. La primera vez, para el deleite y la fascinación; la segunda, para tomar apuntes, imprescindibles para enfrentarse al examen, experiencia angustiada, entre otras cosas, porque en esos momentos uno ya había escuchado infinitos comentarios acerca de las avaras notas.

El objetivo pedagógico se cumplía con creces. Cada clase tenía un punto de partida y uno de llegada. En ellas la historia era vida. El auditorio contemplaba extasiado la cotidianeidad en tiempos prehispánicos, el parto de la mujer andina, las anécdotas diversas del trabajo comunal. Sus alumnos nos embarcamos en las *huampu* para acompañar a Túpac Yupanqui en su supuesto viaje a Oceanía. De regreso, presenciamos cuando Huayna Cápac tuvo enfrente a aquellos tres enanos que le dijeron: «Inga, venímoste a llamar», y compartimos la resignación del Inca al comprender: «morir tengo». Padecimos las penurias del viaje a Indias. Los tres famosos gritos: «hombre al agua», «fuego a bordo» y «sálvese quien pueda» casi nos hicieron huir despavoridos. Probamos también la insulsa dieta de aquellos hombres que huyendo de la pobreza y del anonimato, optaron por la incertidumbre de la aventura en busca de construir fortuna, poder y memoria. Asistimos a la captura de Atahualpa y, felizmente, no nos hirieron los muros caídos de aquella plaza repleta de confusión y desencuentro. Fuimos testigos expectantes de los últimos minutos del Marqués Gobernador y de cómo ese «anillo se cerraba con intención de muerte». Aprendimos a diferenciar al quarterón, del quinterón, del chino, del salto atrás, gracias a una minuciosa descripción de las características físicas junto con una explicación del lugar que ocupaban en la sociedad colonial.

Del Busto, con su obra, sus lecciones y su ejemplo, formó hombres de letras e historiadores. Él confiaba en sus alumnos. Todavía hoy puedo sentir el nerviosismo que me embargó cuando un día de mayo de 1992, yo cursaba el tercer semestre de la carrera, me llamó a su oficina y me dijo: «Quiero que me hagas una biografía sobre el virrey Conde de Superunda, de 200 páginas, 26 líneas por página y 70 golpes por línea; tienes seis meses», añadió. Debo decir que hasta ahora nada

me ha angustiado más que tal encargo. A otros compañeros de mi promoción les señaló diferentes personajes. Lo imperioso de la petición eliminaba la posibilidad de la negación. Una semana después, según otra de sus indicaciones, le estaba entregando el esquema de trabajo. A partir de ahí leyó los avances, corrigió la redacción y criticó aquello con lo que no estaba de acuerdo. Esa experiencia me introdujo en la práctica, al mundo de los historiadores. No fue aquella una vivencia individual, ha sido experimentada por diversas generaciones, que tienen en del Busto a uno de los culpables de andar hoy desempolvando crónicas, memorias de gobierno y documentos de archivo.

En su tarea formativa, del Busto otorgaba una gran importancia a motivar, quizá deba decir obligar, a sus alumnos a investigar. Exigía que el tema escogido sea escudriñado a cabalidad, por ello no aceptaba vacilaciones al sustentarlo. Acostumbrar a sentenciar, por ejemplo: «Nadie sabe más que tú sobre tu tesis», infundiéndonos confianza e impulsándonos a defender nuestras hipótesis con convicción. Junto con lo anterior, debo mencionar su terca apuesta por el trabajo histórico en equipo. Del Busto siempre alentó la investigación colectiva. En esto era extremadamente generoso. Compartía su sabiduría con encomiable apertura. La *Historia cronológica del Perú* es un ejemplo, la *Historia de Piura*, otro; la colección Forjadores de Perú, la *Historia general del Perú*, la *Historia de la minería en el Perú*, se suman a la lista... y así podría continuar citando títulos. Él dirigía la investigación y, como buen líder, sabía que el ejemplo es la mejor forma de conseguir que sus compañeros tratásemos de ir a su ritmo, cosa que nunca pudimos lograr del todo. En otra oportunidad ya lo he mencionado, pero creo que vale la pena volver a contar que alguna vez tuve la osadía de solicitarle una ampliación en la fecha final de entrega: «No me vengas a decir —se anticipó— que no te alcanza el tiempo para terminar de redactar tu libro, ¿qué haces entre cuatro y seis de la mañana? A esa hora, la casa está muy tranquila, reina un silencio inspirador, y las ideas fluyen».

Como buen Maestro su aproximación no se circunscribía al aula de clases o al recinto laboral. Nos felicitaba por los logros, escuchaba nuestros temores, y dedicaba largas horas a orientarnos. Recuerdo que antes de casarme, me expresó su beneplácito, casi una aprobación paternal. Refiriéndose a Lucía, me dijo: «Has escogido muy bien». Acto seguido, demostrando que me conocía, me dio una serie consejos para la vida matrimonial. Y, para concluir aquella afectuosa pero solemne exposición, recurrió a una de sus ocurrentes salidas: «Mira, finalmente, lo más difícil del matrimonio son los primeros treinta años». Era, pues, un tenaz consejero, bueno, como él sabía aconsejar, consejos con autoridad los podríamos llamar. Quería lo mejor para nosotros, aunque casi siempre según sus patrones, pues no era muy llano a cambiar su modo de pensar, no en balde él mismo se definió alguna vez como «cromosomáticamente terco».

Y en su desempeño como director del Instituto Riva-Agüero, su tarea formativa continuaba. No veía solo el trabajo específico, sino la persona que estaba detrás del cargo. La vida personal de los que habían sido sus alumnos y de los trabajadores le interesaba y constantemente lo hacía sentir. Paseaba las oficinas, inspeccionaba los avances, se hacía presente. Exigente como pocos no dejaba de señalar, sin embargo, con algún gesto, un monosílabo o un número que indicaba una nota, su real satisfacción cuando las cosas salían como debían salir. Dirigía como buen timonel, es decir quién manejaba era él, pero sabía escuchar a los que tenían responsabilidades menores. Con toda la autoridad que le conocimos, implantaba las orientaciones generales, pero en la ejecución permitía los estilos personales, demostrando así su confianza. Nos hacía sentir importantes y valiosos, demostrando así su grandeza.

Fue un hombre de fe y entereza y, hasta en las situaciones más difíciles que vivió, su comportamiento nos ofreció invaluable enseñanzas. Supo vivir bien, y estuvo preparado para bien morir. Dos años antes de su muerte, nos llamó a la profesora Ada Arrieta y a mí, a su oficina de la Dirección del Instituto Riva-Agüero, para confiarnos que se iba a someter a una delicada intervención quirúrgica, en la cual —nos dijo— existía el 50% de posibilidades de que no sobreviviese. Nos dio en resguardo varios originales de sus obras con indicaciones precisas de lo que habría que hacer cuando llegase el momento. Felizmente, el destino quiso que pudiésemos devolverle esos originales, y que él mismo lograra coordinar que aquellos estén hoy ya publicados, o en vías de edición. Otro ejemplo de serenidad y de pleno manejo de sus decisiones, fue cuando, a tres meses de su partida terrenal, le pidió a Teresa que me llamara y, delante de ella, expuso con claridad algunas de sus últimas voluntades con instrucciones precisas de, por ejemplo, cómo debía ser su velatorio. Así era, pues, nuestro querido Antuco.

José Antonio del Busto Duthurburu nos regaló un modelo de cómo ser Auténtico, así con mayúscula, sin dobleces, de impecable coherencia, siempre leal e invariablemente sincero en el decir. Hombre afirmativo, de sólidos principios, de ideas claras y distintas, como diría el filósofo, tuvo un alto sentido del deber y derrochó honestidad personal e intelectual. Nunca se excedió en manifestaciones cariñosas, pero fue de los que supo querer. No simpatizó con la idea de pregonar discípulos, sin embargo, no somos pocos los que, por alguna u otra circunstancia, o por varias, proclamamos con orgullo tener en él a un Maestro ejemplar.